

El relato de arena (*)

A Gloria Rodríguez

*Lo inesperado,
aunque la expresión resulta errónea,
es algo que todos esperamos.*
Pruebas inadmisibles
Hans Erich Nossack

*La vida es infinitamente más extraña que
cualquier cosa que el hombre pueda inventar*
Un caso de identidad,
Arthur Conan Doyle

Enrique Moya

Lo que voy a narrar es rigurosamente verídico.

En un café de la Recoleta de Buenos Aires, Roberto Maidana, periodista, arbitraba una puja sobre el grado de importancia de Bolívar y San Martín. Yo tomé parte por el General Bolívar. No obstante, mi impericia se impuso y El Libertador no pudo ser mejor defendido. La dama que venció en la disputa, se presentó formalmente.

«Si le gustan los libros; llámeme» dijo, tendiéndome la mano con una tarjeta. «Me llamo María Varela, trabajo en la Biblioteca Nacional».

Acepté su ademán conciliador y nos despedimos.

Gracias a su gesto imparcial en aquella controversia histórica, me amigué con el periodista Maidana, y a través de él conocí en un café de la avenida Callao a la viuda de Borges, María Kodama. Su charla me animó.

En un momento de su tertulia sobre las veinte versiones del poema "Nostalgia del presente", le pedí a Kodama auxiliarme sobre un cuento indeterminado en el cual Borges decía: "afirmar que es verídico es ahora una convención de todo relato fantástico", pero aseguraba, haciendo una excepción, que ese texto en particular sí "es verídico".

«Todos los relatos de Borges son verídicos. ¿Quién puede tener alguna duda?...Pero si usted se refiere a alguno en particular, ese es *El libro de arena*», dijo Kodama.

Sería redundante resumir ese relato tan conocido por todos. Sin embargo daré mi parecer sobre él. Se trata de un libro más importante que la Torah, la Biblia y el Corán.

Yo, que creo haberlo visto, puedo atestiguar que de alguna manera misteriosa contiene todos los libros existentes y los manuscritos inéditos: los primeros *textos orales* de la Odisea; el primer verso de Gilgamesh, anterior al primer Salmo de Salomón; los rezos místicos perdidos de los coptos egipcios. En una página impar cuyo número es de cuatrocientas noventa cifras (1), aparece "El epígrafe del perdón"; la versión manuscrita de la Biblia de Saint James; la *Teoría anexa de la relatividad: Excepción a la velocidad de la luz en los cuerpos oscuros*, contrateoría a su postulado fundamental; *Objets fractals et hasard*, o la *autosimilitud* como explicación del origen y naturaleza de las cosas. Y en una carilla posterior vi un compendio incunabile en góticas "Del Inescrutable don de la Gran Aclaración del *Corpus hermeticum* de Hermes Trismegisto, *Le Désir désire* de Nicolas de Flamel y de *La flor de las flores* de Arnau de Vilanova"; y los "Mem-Ram of the XXI Century", que guardan el conocimiento de una civilización cuya tecnología aún nos es desconocida.

El libro de arena es, pues, la prueba documental de El Aleph, acaso su forma literaria. O el verdadero, porque el Aleph de su relato homónimo, Borges lo intuyó como falso.

María Kodama asegura que Borges en realidad *vio* ese libro. «Si él lo relató fantásticamente es porque intuía que nadie, así lo dijera en serio, le creería. Y al asegurar que ese relato "es verídico",

sabía que la gente dudaría, lo daría por ficción y no intentaría buscarlo... que es un poco lo que él quería».

«*El libro de arena* -dijo Kodama-, Borges lo escondió en dirección de la escalera derecha del vestíbulo que penetra al sótano de la Biblioteca Nacional. Tal como lo cuenta en el relato, en el lugar donde estaban los periódicos y mapas, en la antigua sede, en la calle México. El edificio, en caso de que decida ir a buscarlo, está siendo reciclado y restaurado. Es posible que no se encuentre con la escalera que describió Borges en 1975». Y añadió que el hecho de que él haya mencionado el lugar más o menos exacto era para despistar, dado que la gente, pensando en los elementos de ficción que contiene toda historia verdadera, en caso de buscarlo, lo haría en otro lugar.

II

Se aceleraba el tiempo del calendario, y mis días en Buenos Aires se resumían a la fecha de partida. Visité a María Varela en la nueva sede de la Biblioteca Nacional, en la calle Austria. Observó mi vacilación y preguntó en qué podía ayudarme.

«Necesito su colaboración -dije titubeando... No me tome como excéntrico... Vengo a buscar un libro...*El libro de arena*».

«Haré lo posible». En la pantalla del ordenador que tenía enfrente apareció: "El libro de arena. Jorge Luis Borges. Editorial Alianza-Emecé, 1975".

Apuré un gesto y me expliqué con firmeza: «Mire, el libro que yo busco probablemente no esté registrado en ese ordenador. Sólo le pido me ayude a ubicar la colocación actual de los mapas y los periódicos en la nueva sede. Intento encontrar el verídico, el que Borges dijo haber ocultado en la Biblioteca cuando estaba en el viejo edificio».

Cuando alguien nos hace un ofrecimiento muy risueño, en apariencia fácil de asimilar, nos acompaña la sospecha de que algo debe haber escondido detrás de la naturalidad con la cual se nos presenta esa oferta. Ese mismo género de dubitación fue el que sentí ante la naturalidad de Varela, frente a mi petición inverosímil de buscar un libro que Borges había citado en una de sus ficciones. Las citas borgeanas son de un extraordinario acierto y erudición, pero en su mayoría fictas.

«Tenemos más de dos millones de ejemplares -incluida la hemeroteca-, sin contar los no registrados. Cuando Borges se jubiló sólo habían 900 mil. Voy a ponerlo en contacto con el encargado de los mapas en tiempos del escritor. El también se jubiló; si existe el *Libro de arena*, él seguramente sabe dónde está».

Me acerqué al domicilio del ex-encargado de la sección de mapas y hemeroteca. Pero éste ya había fallecido.

III

La antigua sede de la Biblioteca en la calle México es hoy el Instituto de Musicología.

Entré. El portero sonrió. La arquitecta encargada de la restauración se había ausentado. Nadie me impidió el paso. Fui como empujado por una fuerza desde el vestíbulo *Art nouveau* hacia unas escaleras.

Bajé los peldaños que dirigen al sotano. Por el olor, me pareció, el tiempo se había detenido en aquel lugar. A la derecha, frente a la sección de *Libros raros*, vi ocho filas de estantes llenos de periódicos; muy al fondo estaban los mapas; me dirigí hasta allí.

A la izquierda divisé los tratados de geografía y tres globos tarráqueos; en la parte superior derecha había un segundo piso falso (como los que había en la antigua Biblioteca Nacional de París). Subí. En un anaquel, no sé cuál, vi un libro que un viento -o una mano invisible- hojeaba. En alguna parte leí que la fe es "la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve". Sabía que el "libro" era ése y ningún otro. Los demás, también abiertos en la misma hilera, permanecían inmóviles.

Lo tomé con ambas manos; aunque de tamaño mediano, no pesaba mucho más que un breviario de bolsillo. Busqué el índice. Era breve. Tenía tres renglones que se hacían infinitos. Recordé la compleja sencillez numérica del libro y la interrelación de páginas pares e impares que Borges había descubierto (2).

El libro de arena, si me es permitido arriesgar otra opinión, era un libro que mostraba el libro que uno quería imaginar o escudriñar. Bastaba con pensar en... "El Capital", por ejemplo, para que apareciera en el índice: "Texto primitivo", "Engels Edition", "Marx, Comentarios". Bastaba suponer arbitrariamente cualquier libro inexistente, para que éste se exhibiera con todo el esplendor y perfección del texto. La obra más anodina cobraba, dentro de *El libro...*, una insólita erudición.

Me acordé de María Varela, de nuestra disyuntiva histórica, y dije mentalmente: «Simón Bolívar». Apareció en los tres renglones las palabras: "Piar, Roma -y una frase latina que apenas comprendí- *risus paschalis*"(3).

Existe un pensamiento previo antes de que éste sea, de que exista como tal. *A priori cogitatum*, creo le dicen. *El libro de arena* eligió lo que yo iba a elegir: «*risus paschalis*». Apareció una dama altiva cuyo nombre me era familiar; creo recordar que, con una sonrisa, dijo: «Soy Manuela Saenz de Thorne». Me atemorizaron sus gestos impulsivos, y no supe qué responder.

Instintivamente cambié de página; como nada dije ni imaginé, la carilla quedó en blanco. Puse mi mano en ella, y apareció la sección de obituarios de un diario mexicano. Al lector no le interesará -al igual que a mí me espanta hablar de lo que vi- otra historia que no sea la que estoy narrando. Sólo diré que en el periódico, con fecha adelantada, se registraba una única muerte. Entonces comprendí la advertencia de Borges acerca del peligro que representaba ese libro.

Pensé luego: «Jorge Luis Borges».

Una holografía (es un modo de decir) del escritor, que cambiaba el gesto, la edad y el semblante, de acuerdo a un desplazamiento de fondo y superficie muy difícil de explicar, que se daba en el interior del libro, hizo aparición.

El índice señalaba: "Porfolio" (sic), "Sin bastón" -sin duda refiriéndose a su juventud- y "Con Bastón". No sabía qué significaba "Porfolio", y medité en ello. Aparecí inmiscuido en un tipo de

espacio tetradimensional, con Borges y su mujer, pintando la fachada lateral derecha de la casa de Mark Twain.

En la página de enfrente, que también actuaba como espejo múltiple para peinarse rápidamente -por si el lector decidía un instante de coquetería-, había un extenso artículo, firmado por Bioy Casares, sobre su obra no publicada y una apasionada epístola amorosa, de los años 40, dirigida a una mujer desconocida. Al pie de página, y en letras mínimas, descubrí "El episodio del enemigo", relato que no había leído en sus primeras *Obras completas*; Y finalmente, una bibliografía de las ficciones que en vida no pudo -o no quiso- culminar, que puedo facilitarla a quien pueda interesar.

El libro de arena era sabio, místico y sobrenatural, pero también un extraordinario juguete paradójico. Tuve la ocurrencia de crear una contradicción con la intención de observar la reacción de *El libro de arena* mirándose a sí mismo. Dije con voz firme: «El libro de arena».

El holograma se descompuso. Del libro salió una voz:

«La juventud tiene derecho a la curiosidad. No obstante joven, usted debe tranquilizarse». Era la voz de Borges, serena y entrecortada, advirtiendo el peligro de manipular el libro indebidamente.

Abruptamente cambió de tema. «Siempre dije que después de la muerte, no habría nada. Tuve tanta razón como Dante, que no era otro que un personaje de Virgilio...» «También dije que no habría bibliotecas... Me equivoqué, por fortuna, y hoy me entretengo releendo todos los libros que me gustan y otros que nunca pensé la mente humana podría concebir»

«Pude conocer al verdadero Jorge Luis Borges, y no al impostor que siempre fui...» «...Y como el tiempo donde ahora vivo no tiene reloj, es eterno, estoy escribiendo mi primera novela. Le interrumpí diciendo que eso contradecía su postura literaria. Contestó: "Por qué no. La contradicción es algo muy saludable. Y una novela en este lugar no ocupará más espacio que mi cuento más corto». Y añadió, «Mire, esta es la primera página de mi única novela. Mírela bien. Ya no la verá nunca más». Logré deletrear un título en un idioma nórdico, seguramente islandés arcaico o anglosajón. No hablo otros idiomas. Creo haber comprendido que se titulaba "El predicador de las formas" o "El predicador y las formas".

El final de un evento extraordinario es tan asombroso como su desarrollo en sí. Lo prodigioso irrumpe en los conceptos y desarticula la memoria. Me vi de pronto en la acera oeste de la avenida Melián, donde residía. Pero no recuerdo cómo hice el trayecto.

El día después de este prodigio -me he prohibido llamarlo de otra manera-, volví al Instituto de Musicología, en la vieja sede de la Biblioteca, en la calle México. El portero, menos amable que el día anterior, me impidió el paso. Preguntó hacia dónde me dirigía. Traté de explicarme de manera sobria y normal.

El vestíbulo empolvado por las obras, no era el mismo. Mis pasos retumbaban en las paredes vacías y en la bóveda de la entrada, que parecía querer venirse abajo en cualquier momento. La escalera estaba llena de estanterías desarmadas y herramientas de trabajo.

Ante un hecho de apariencia sobrenatural podemos permitirnos, como explicación más lógica, una justificable ingenuidad: en veinticuatro horas de la vida de un hombre común, habían mudado la biblioteca y comenzado la restauración... El tesón y dedicación de la municipalidad logró impresionarme.

IV

No obstante haber visto *El libro de arena*, evité la euforia que a cualquiera hubiera ocasionado su hallazgo. Recordé que Borges en su relato dice que "el mejor lugar para esconder un libro es una Biblioteca"(4), y éste, por su lomo carente de malicia y tapas de nula ostentación, sería uno más en el inventario. Allí está, en su lugar. Por precaución, tampoco diré cómo ubicarlo.

En el aeropuerto de Ezeiza encontré a la viuda de Borges; iba a París a dictar una conferencia sobre la "Biblioteca de Babel". Comentó la demanda contra una editorial norteamericana que en una obra de Borges había traducido *Gaucha de la pampa* como *Cowboy from Indiana*... También mencionó un juicio por calumnias; el nombre del querrellado se me ha olvidado. Salió el tema de *El libro de arena*. Mencioné lo inútil de mi búsqueda: no me hubiera creído si le hubiese dicho que hablé con su marido... O quizá él ya había hablado con ella, y estaba enterada de todo.

Hace un tiempo vi, en un café de la avenida Corrientes, a Roberto Maidana, el periodista. Mencionó, con la ironía que se adquiere en el oficio, haber entrevistado para el noticiero de las ocho a un profesor de la Sorbona que decía saber dónde estaba el verdadero Aleph(5). Me despedí dolido de su comentario, y no le vi más.

Telefoné a María Varela, agradecí su ayuda. Le dije, medio en chanza medio en serio, que al menos en amantes El Libertador Bolívar había superado al General San Martín, ya que había tenido en la ecuatoriana *Manuelita Saenz*, la más bonita de toda la América hispana.

A su pregunta sobre mi búsqueda, respondí con una evasiva melancólica.

«Entiendo» -manifestó acongojada-. «Esa fue una humorada de Borges...» «¿Sabe?, no es usted el primero que ha venido a buscar *El libro de arena*. Un erudito italiano de la Universidad de Bologna contrató un especialista (una especie de detective) en encontrar y descifrar libros raros, que pasó seis meses, con todos sus días festivos, en la búsqueda de ese libro. El resultado fue similar al suyo. Pero No todo fue inútil. Escribió una novela policial inspirada en su pesquisa de *El libro de arena*, que luego se convirtió en *Best seller*. El protagonista ciego de esa novela se llama "Jorge"...Si no se lo anticipé fue porque no quise desanimarlo»

Entonces comprendí que escribir una novela o un relato breve sobre el inverosímil *Libro de arena* de Jorge Luis Borges, sería una ficción, aparte de imposible, nada original. No obstante, es mi deber volver recordar que este relato *es* verídico.

(*): La primera versión, de "El relato de arena", apareció el 31 de diciembre de 1995, en el diario El Universal de Caracas, Venezuela.

Enrique Moya-Buenos Aires, noviembre 1995.